

RECUERDOS DE CRISTÓBAL RODRÍGUEZ CIRERA, ALHAMA

Nací en Alhama de Almería el 4 de septiembre de 1924, día de santa Rosalía, en plena Dictadura.

Mi padre, Manuel Rodríguez Gil era carpintero y ebanista de profesión, con taller y exposición en la calle Salmerones núm. 7, y posteriormente en la calle Ramón y Cajal, enfrente del Balneario. Era un hombre emprendedor, bueno y honrado, trabajador, con gran don de gentes, espléndido y muy dado a servir a los demás. Con estos atributos tenía amigos por todos sitios, en el pueblo y en toda la comarca. Dejaba los talleres en manos de los obreros para acompañarlos y ayudarles a resolver los problemas que tenían que solventar: juzgado comarcal, capitanía de la Guardia Civil, notaría, comercios...

Para corroborar lo que digo relataré una pequeña anécdota.

1. LOS INSPECTORES Y LA ALMAZARA

Corría el año 1950, las restricciones continuaban, los artículos alimentarios estaban controlados y racionados. Entonces había dos almazaras, que tenían la obligación de enviar diariamente un parte con la aceituna molturada, sus propietarios y existencias del aceite depositado en el establecimiento, datos que tenían que coincidir exactamente con el parte diario enviado a la Delegación Provincial de Abastecimiento.

El propietario de la Almazara de Abajo (Antonio Iborra) recibió la orden de ponerse a disposición de dos inspectores de la Comisaría de Abastos que le esperaban en un bar donde se encontraban tomando un «tente en pie». En esta situación, buscó desesperadamente al alcalde (D. Adrián García, Jefe de Correos) y lo encontró en las oficinas de Telé-

grafos de las que yo era jefe, dándole cuenta del grave problema que tenía pues el parte de existencias reflejaba que había depositados centenares de kilos cuando en realidad había miles. Y le pidió que como íntimo amigo suyo fuera a saludar a los inspectores, a ver si podía entretenerlos un par de horas mientras sacaba el excedente de la almazara con caballerías.

Para ello le autorizaba a que los invitara a cenar generosamente, sin pensar en gastos. Inme-



El retrato que me hizo en la mili mi entrañable amigo Ángel Rafael Fernández, 1947.

diatamente el alcalde se presentó a ellos, les invitó a cenar; ellos le dieron las gracias y rehusaron. Por mucha insistencia que hiciera no lo consiguió; regresó a Telégrafos donde los esperábamos y nos explicó lo sucedido, añadiendo que eran un par de groseros. Entonces me rogó que lo intentara yo y no logré que me aceptaran ni siquiera una cerveza.

En esto llega mi padre, le explican lo que sucede y él, aunque iba en ropa de trabajo, consintió en intentarlo ante el asombro de todos nosotros. Al llegar al Bar, Pepe, el dueño, le puso al corriente de lo estúpidos que eran. Mi padre ordenó que entrara con un plato de jamón, longanizas, queso, vino del mejor y cerveza. ¡Asombro! Eran las doce y pico de la noche y aún seguían bebiendo y comiendo, y el almazarero dispuso de sobrado tiempo para retirar el aceite sobrante ajustándolo a las existencias.

2. UN NIÑO INQUIETO

De niño fui inquieto, amante de la aventura. Siempre «estaba en medio», como se dice vulgarmente, curioseando donde quiera que veía u oía algo extraordinario.

Nos juntábamos los amiguillos y nos incorporábamos a las manifestaciones llevando las banderas y cantando los himnos revolucionarios de aquella época. Abríamos el Frontón de pelota y jugábamos; usábamos muchos petardos que hacíamos explotar colocándolos en las cerraduras de las casas. Un vez, inclusive, colocamos uno en la cerradura del Cuartel de la Guardia Civil escondiéndonos y observando desde lejos la alarma y la salida de los guardias que trataban de localizar a los autores, corriendo en diferentes direcciones; sería medianoche y regresamos a nuestras casas de madrugada. En fin, hacíamos cientos de travesuras, algunas casi gamberradas. Pero esta vez, tanto nos asustamos que no volvimos a usar más explosivos.

Leía muchos tebeos, a Julio Verne y las biografías de personajes. En mi casa se recibía diariamente *El Heraldo* de Madrid, donde escribía el presbítero D. Juan García Morales, de tendencia republicana. A la noche yo era el que informaba a la familia de las novedades. Aún recuerdo algunos artículos que me impresionaron. En este ambiente republicano y de izquierda me crié, discutiendo con personas mayores de política en un periodo trascendental para la historia de España.

A parte de las travesuras propias de la edad y de la época, me gustaba andar los montes, recorrer el río Andarax y oír el fragor de las avenidas, la mayoría nocturnas. Casi todos los años se presentaba una y recuerdo oír, desde el cortijo de mi tía Carmen y mi abuela, las caracolas y las voces advirtiendo de su llegada: ¡El Río, El Río! y los cortijeros se apresuraban a recoger todo lo que podían de las orillas.

3. UNA AVENTURA EN EL CENTRO DE LA TIERRA

Un día nos propusimos descubrir el nacimiento de las aguas.

En un local, entre el Frontón de pelota y el Bar «El Molinero» había un almacén ocupado por un gran compresor y una galería inclinada con más de cien escalones; vigilando la maquinaria estaba un empleado de la Fuente, el «tío Manuel».

-¿Manuel por que no nos deja usted bajar?

Tendría yo unos catorce añillos; era 1941. Entonces no había muchas linternas pero mi primo (José Rodríguez Ordoño) y yo llevábamos cada uno una. También nos acompañaba Rafael Carrique, que era aprendiz en un taller mecánico. Rememorando la aventura de Julio Verne, bajamos al pozo. Terminados los escalones llegamos a una acequia horizontal; a medida que nos adentrábamos aumentaba el vapor caliente y debíamos inclinarnos para no tocar a los murciélagos que estaban colgados del techo de la galería. A unos trescientos metros llegamos al Pozo del Sillero, en vertical de la Plaza Nueva.

Alrededor del pozo había una pequeña explanada rodeada de rocas con enormes grietas, y por una que cabíamos de lado empezamos nuestra odisea. Al principio se andaba casi bien, pero después había rehundidos que debíamos atravesar en cuclillas. Así continuamos hasta acabar arrastrándonos. Pensamos en volver pero seguimos por una galería muy baja; nos asustamos y vimos un punto de luz en una galería descendente. Era un rehundido de la tierra, un socavón de unos tres metros de profundidad muy cerca del Cuartel de la Guardia Civil. Era la mina desde el Pozo del Sillero al Matadero (al inicio del camino de El Chorrillo). Nos metimos a las seis de la tarde y salimos dos horas más tarde. Creíamos que habíamos recorrido el pueblo entero.

4. PEQUEÑA HISTORIA DE UNA ESCAPADA

Una tarde iba yo con mi íntimo amigo Zea y nos cruzamos con otros amigos. Juan Arcos y Antonio López Catuta nos comentaron lo bien que lo pasaron la semana anterior en el viaje que hicieron en el taxi de Diego *Diegares*¹ a Berja y Dalías, fumando, comiendo y bebiendo, y al preguntarles cómo podían costearse tanto gasto nos dijeron que no preguntáramos nada, que si queríamos ir tampoco nos costaría nada.

Nos citaron a las cinco de la tarde en el Juego de Pelota. Nos llamó Catuta desde el taxi y fuimos a echar gasolina al surtidor del taller de mis tíos, donde llenó el depósito. Mi tío José miró con curiosidad y me preguntó extrañado:

- ¿Dónde vais?

- A dar una vuelta, le contesté.

Antes de salir del pueblo, Rafael Carrique nos compró un paquete de cigarrillos, marca '*Elegantes*', emboquillados y con papel endulzado, y una caja de cerillas a cada uno. Llegábamos a la plaza del pueblo dónde habíamos ido, nos acercábamos al grupo de gente, le dábamos dos caladas al cigarrillo y los tirábamos dando a entender que éramos personas rumbosas. También entramos en los cafés y, sentados en mesas, pedíamos muchos platos de jamón y embutidos. Allí observamos que Carrique daba los billetes a Catuta para pagar.

Cada noche se reunían mi padre y sus dos hermanos en casa de mi abuela. Mis tíos comentaron que me habían visto en el coche y habían oído algo de un próximo viaje a Valencia.

Al llegar a casa, mi padre me preguntó:

-¡Sinvergüenza! ¿Dónde has estado hoy?

Yo lo confesé todo. Inmediatamente se dirigió a casa de Carrique, donde se aclaró lo restante.

Rafael había sisado el dinero: al ver que su padre -que vivía desahogadamente como mecánico de la *Máquina Gorda*²- guardaba los billetes en una cómoda vieja, cogió un alambre, lo dobló y lo untó de alquitrán para cogerlos uno a uno.

Después vino el escarmiento. Al taxista le obligaron a devolver el dinero y la paliza que le dio

Carrique a su hijo fue para no olvidar. Ahí acabaron las escapadas.

5. LA IMPORTANCIA DE LOS MASONES

Tras la Guerra escaseaba la madera. La gente vendía sus casas a bajo precio para emigrar a Barcelona. Mi padre compraba solo la madera para aprovechar alfanjías y tabicones y demás carpintería y los vendedores le regalaban los solares que él rehusaba; era tanta la miseria existente que este era su único valor.

Un día acompañé a mi padre y a sus operarios. Una de las casas que entonces se destecharon fue la de la calle Prim. A mi padre le dieron las llaves: en su interior había una sala, sin comunicación exterior, destinada a las ceremonias masónicas. La sala tendría unos cuatro o cinco metros por seis o siete; con columnas pintadas en las paredes; al fondo había una tarima a todo lo ancho. Encima estaba una mesa con faldillas marrones y encima una gran escuadra, un triángulo y una brújula. A un lado, en una pequeña estancia a la derecha del estrado, se guardaban unos pequeños mandiles azules y capuchones, un ataúd y una talega de fieltro para recoger los donativos; en la mesa del estrado una escuadra, un triángulo grande de madera y una brújula. En el resto de la sala, seis o siete bancos de madera con sus respaldos. Daba la impresión de un santuario de lúgubre escenografía.

Esta fue la última sede masónica; antes -según se decía- había estado otra en la misma calle, mucho más abajo.

Aunque Alhama tuvo fama por ser pueblo de masones y republicanos, sólo puedo hablar de los últimos tiempos de esta organización en el pueblo.

Anacleto Rodríguez fue el organizador de la logia «Salmeroniana» en marzo de 1925, como delegación de la logia «Renovación» de Almería. En abril de 1927, el alcalde Emilio Carnabali se personó en la sede, sita en la calle Prim número 1 (hoy calle Santo Tomás), cerró la asamblea y confiscó todos los documentos iniciándose diligencias en el juzgado de Canjáyar. Hacia noviembre de este mis-

¹ Por entonces (estoy hablando en 1941) había sólo dos taxis en Alhama.

² Ver artículo sobre las aguas de Alhama, en este mismo número de la *Revista*.



Cristóbal Rodríguez Cirera hace algunos años.

mo año estaba nuevamente reorganizada, esta vez a cargo de Nicolás Rodríguez que al poco fue sustituido por Nicolás Vargas León.

No había muchos masones en Alhama pero todos eran personas distinguidas y con gran prestigio. Los había conservadores y liberales. Estos fueron más duramente represaliados y pasaron varios años en la cárcel. Entre los que recuerdo se encuentran los siguientes.

Anacleto Rodríguez Rodríguez era relojero y una persona de amplias lecturas; era ya mayor cuando yo le conocí de niño por lo que sería de los «compañeros de Salmerón», es decir de los que formaban el círculo de amigos del político cuando volvía por vacaciones a la población. A inicios de los años Treinta marcharon a Almería y cerraron la tienda que tenían en el pueblo.

Nicolás Rodríguez Boti, propietario y político local, por ello su influencia era mucha. Llegó a ser concejal antes de la República y miembro de Acción Popular. Durante los años de la Unión Local fue presidente de la Junta Pro-Defensa de la fuente Principal y nuevamente tras la guerra.

José Rodríguez López-Calvache, importante propietario agrícola y almacenista de alambres, abonos, etc.

José Mizzi Moreno era maestro, y su hijo, José Mizzi López, médico.

Nicasio Utrera, físico y químico.

Nicolás Vargas León, comerciante y corresponsal bancario. Un gran letrado en su casa anunciaba: «*Banco Español de Crédito. Capital desembolsado 2.000 millones de pesetas*». Fue alcalde en tiempos de Guirao, cuando Miguel Gálvez (otro masón) era vicepresidente de la Diputación y Melchor Rodríguez responsable de la Cámara Uvera.

Francisco López López, abogado, conocido como *El Juez* por ser juez municipal y sobrino del presidente del comité local republicano-socialista.

José Vázquez Rodríguez era comerciante textil y yerno del farmacéutico Santiago Capella Romero, el que fuera hijo de Santiago Capella Arriola (catedrático y director del Instituto de Segunda Enseñanza de Almería) y padre de Santiago Capella Bustos (1906-1990), el significado republicano.

Es curioso que muchos vivieran o tuvieran su establecimiento comercial en la calle Médicos.

Personaje importante en la época fue Melchor Rodríguez García, alcalde en el Bienio y un importante cosechero exportador. Por su significación política sufrió varios años de cárcel.

Los masones fundaron un bar (muy coqueto, por cierto) en la calle Canalejas en 1933. Me acuerdo del mostrador que Juan Martínez, *el del Bar*, trajo de América. Los días de verano sacaban los veladores. Allí venía el chófer de la Diputación a recoger a estos destacados personajes.

6. LA DURA POSGUERRA

Había otros masones que pertenecieron a otras logias o ingresaron por poco tiempo en la de Alhama. Recuerdo a varios: Manuel Rodríguez Wandosel era uno de los amigos de Salmerón que portó su ataúd; José Ordoño (López?), propietario importante y *sub-alterno* de Tabacalera para expedir los tabacos a los pueblos limítrofes o Juan Marín (Portillo?), un agricultor acomodado.

Después de la Guerra hubo un cura venido de Granada que se dedicó a investigar a los masones. Se llamaba José M^a Osuna y Díaz y llevaba un pistolón bajo la sotana. Apenas estuvo dos años en la población, entre 1940 y 1941. Sonsacaba en cafés y cenáculos quienes habían pertenecido a las logias. Como todos querían congraciarse con la iglesia, se delataban unos a otros. El resultado fue que al mes de irse empezaron las detenciones.

Por aquella época, entre 1942 a 1947, muchos vecinos se enriquecieron con la uva, mejor dicho con la crisis de la uva. Antes había habido otras: en 1915, la mosca mediterránea coincidió con la escasez del agua. Las exportaciones bajaron, los parrales se arrancaron y con ello quedaron inservibles las alambradas. Al cerrarse los mercados exteriores faltaba hierro en el País Vasco. Cristóbal Rodríguez Gil, Nicolás Díaz López y Emilio García López, entre otros, se dedicaban a exportar el alambre. Para ello se desmontaba el emparrado, se estiraba en cientos de metros el alambre repasándolo con un estropajo que acumulaba los zarcillos de las parras endurecidos en un lado para fragmentarlos golpeándolo sobre una piedra. El alambre quedaba brillante, como nuevo, y se recogía en una devanadora hasta formar unos rollos casi macizos. Los más listos no invirtieron en tierras sino en agua, dejando a los pequeños agricultores capear la crisis con su traba-

jo, mientras comerciaban con productos que entonces eran inexistentes en la zona.

7. SALMERÓN Y ALHAMA

Mi padre, al ser republicano, trataba con mucho cariño y solicitud a la escasa familia de Salmerón que permaneció en el pueblo.

D. Francisco Salmerón García (hijo del político) casó con D^a Ismerien Bellangel Dunquerque, viviendo en la casa paterna junto a su hija Margarita y una criada de Logroño, llamada Matea. Al morir el cabeza de familia, sólo tenían para vivir una pequeña finca de secano (por el camino de La Puente), que daban para sembrar de cebada y trigo, y unas horas de agua en la fuente Principal que vendían cuando se encontraban muy apuradas. Sus vestidos llamaban la atención; también su esmerada educación francesa.

Hacia 1942 yo preparaba oposiciones a telégrafos y necesitaba estudiar francés. Tanto llegó mi interés que le comentaba las novedades del pueblo en el idioma a mi profesora D^a Margarita. Por su parte, ellas me referían las vivencias de su ilustre antepasado, sobre todo en Alhama.

Narraré solo cuatro episodios que muestran el talante de nuestro personaje.

Había un tipo de alambre especialmente fino, llamado «alambre de duelas» por emplearse para tal fin; con trozos enrollados de periódicos y revistas se confeccionaban unos canutillos que insertados en una fila de alambres unidos a un bastidor formaban las cortinas que tapaban las puertas de los establecimientos públicos abiertos en la Calle Médicos y muchas casas particulares.

Se cuenta que Salmerón educadamente las recorría con el bastón y desde la puerta preguntaba a los inquilinos y paisanos por familiares y amigos. Prueba de su familiaridad era que tardara más de una hora en llegar desde su casa, a la entrada del pueblo, hasta el Juego de Pelota, a su salida.

El Juego de Pelota concentraba todas las pasiones, y a veces en exceso. Un día las palabras pasaron a los hechos y en la discusión acalorada muchos sacaron las armas, eran pistolas de cartuchos de dos cañones. Algunos acabaron heridos de poca consideración. Viendo que la pasión iba en aumento, Salmerón se levantó del asiento y abriendo los brazos dijo con voz clara «¡Paisanos y ami-

gos; Guardemos las armas que esto es un juego», imponiendo un orden inmediato con sólo pronunciar estas palabras.

Pasando las vacaciones en el pueblo, no todos reconocían su fisonomía. Se cuenta que a la salida de una barrilería estaban cargando en las bestias los barriles y uno de ellos cayó y rodó; el cargador con voz destemplada interpeló al visitante ocasional para que acercara el barril mientras él sostenía el resto de la carga, a lo que Salmerón amablemente accedió sin decir palabra; no obtuvo ni las gracias por su ayuda. Recriminado por otro compañero por su actitud tan desconsiderada corrió después hasta alcanzar a disculparse abrumado por su mala educación.

La más definitiva es la del subjuntivo. Uno de los pasantes que trabajaba en su bufete de Madrid, con el que tenía más amistad, le dijo:

- Don Nicolás hay aquí una compañera que tiene un caso muy interesante y pero no se lo ha presentado porque carece de medios económicos. De manera poco clara, los bienes de su madre han pasado a mano de los Jesuitas y ella ha quedado en la miseria.

Esto llamó la atención del abogado, convocándola para que al día siguiente le comentara el caso.

Con la copia del testamento, en el que -entre cosas- se decía que dejaba a su única hija lo que los jesuitas quisieran. Salmerón decidió aceptar el caso. Ante los magistrados les expuso el siguiente razonamiento:

- ¿Cómo es posible que una madre que sólo tiene una hija y además, según testimonios, fue ejemplar cristiana podía expresar su último deseo de desamparar de esta forma a su hija? ¿No será más lógico que esta señora ante la presión de sus confesores y para poder librarse de su insistencia les dictó su verdadero sentimiento de dejar a mi hija lo que los jesuitas **quieren**? Resumiendo: ¿qué querían los jesuitas? Pues estos bienes son los que deben pasar a la hija.

La distinción entre el *quieren* (es decir, los bienes que desean) o *quieran* (o sea, los que ya suyos podían disponer de ellos libremente) le permitió a nuestro genial abogado recuperar las pertenencias para su defendida. El razonamiento parecía impecable: en la medida en que querían los bienes estos deberían pasar a la hija y si no los querían los bienes contaban ya con una heredera natural.

8. LA INFLUENCIA DEL HOMBRE

No tan sólo por su inteligencia, sino por su sensatez y prestigio, Salmerón fue siempre muy respetado entre los alhameños ilustrados. Su figura era tan venerable que sus cartas eran copiadas y pasaban de unos vecinos a otros. Yo aún conservo varias de estas copias.

Recuerdo otra anécdota de Salmerón, contada por gentes que llegaron a presenciarse.

Algunos hijos y nietos de Salmerón, junto a otros mozalbetes, malinterpretando las ideas de su padre, arremetían contra un pobre seminarista (Sebastián Cantón López) que frecuentemente viajaba de Almería para visitar a sus padres que veían en su cortijo en el paraje de la Cueva del Doctor.

Ante las quejas del padre, la determinación del político fue taxativa.

- Disculpe Ud. que este será el último día, dijo.

Buscó varios albañiles y en esa misma noche subieron la tapia varios metros impidiendo ver cuanto pasaba al otro lado de la huerta. Y de esta forma tan diplomática, resolvió la queja.

9. EL PRESTIGIO DEL POLÍTICO

Recuerdo que tras la erección de la estatua (1927), todos los años el Ayuntamiento costeara una corona de flores que le colocaba el 1 de abril (¿o el 11 de febrero?, no recuerdo bien), con muy poca gente como concurrencia a pesar de ser Alhama la primera población que proclamó la República en España. La anécdota merece ser contada.

En Madrid detuvieron a los «Amigos de la República» (Pérez de Ayala, Marañón, Ortega y Gasset...). Entre ellos figuraba Antonio Capella Bustos, uno de los alumnos predilectos de Marañón. Las familias de los republicanos que escaparon a la redada buscaban a Santiago Capella (el hermano del anterior y telegrafista de profesión) para comunicarle las novedades en la esperanza de que serían de alivio a la familia. Cuando supieron de la salida del Rey para Cartagena, anunciando el cambio de régimen, se lo comunicaron. A las nueve de la noche de ese mismo día 13 llega la noticia a la población. Los vecinos empezaron a sacar las ban-

Mi querido papá:

«Ayer a las tres de la tarde regresé de mi viaje a La Coruña, facultativo, donde plugo a Dios coronarme con un lauro que será la página más brillante de mi historia. Si papá, la cuestión tomó las grandes proporciones de abarcar un punto trascendental en la historia del derecho y poner en competencia los Colegios de Abogados de Madrid y La Coruña. Por eso el día del juicio, ofreció el cuadro más digno de los fautos judiciales, brillantísimo; y por eso los contrarios eligieron al mejor de la Coruña, al Sr. Malla.

«En efecto, eran las diez de la mañana y la multitud de espectadores estaba ya posesionada de los estrados y cancel del Tribunal. Anunció el portero la apertura del juicio y tomamos asiento los héroes de aquella jornada. ¡Qué espectáculo, Dios mío! Jurisconsultos, militares, sacerdotes, industriales, comerciantes... todo lo que la Coruña encierra de aceptable, concurría a hacer más embarazosa mi posición. Tenía delante de mí un Tribunal admirador de mi adversario, un abogado que llevaba la voz del derecho, una causa difícil contra un Marqués y señor de aquellos dominios, un auditorio extraño a mi trato y a mi simpatía y un círculo, en fin, de circunstancias que hacían latir con ahogo a mi no siempre embargado corazón.

«Pero el espíritu de Dios estaba conmigo; habló el adversario con habilidad y con soltura, con arrogancia y un tanto de profundidad; su discurso, aunque sin colorido y sin forma, logró convencer al auditorio de que mis clientes eran falsificadores. Terminó su defensa y todas las respiraciones se contuvieron; los Magistrados se inclinaban sobre las mesas, para oír mejor y el concurso se empeñaba más y más fijo en mis ojos y en mi memoria resonaban las voces de mis compañeros que me despidieron en la estación de Madrid, diciéndome ¡Qué triunfo el pabellón castellano!... y triunfó, padre mío. Jamás oración más lisonjera. A poco de empezar era mío el auditorio, mío el contrario, hasta el punto de abandonar su sitio el Sr. Malla. Mi exhorto (sic) fue valiente. Mi acción y mi estilo arrancaron aplausos de aquel auditorio respetable.

«Salí y en medio de aquella multitud, recibí el parabién y un abrazo de mi adversario. Todos corren, amontonan y precipitan sobre mí. Él vale más, decían... su causa ha triunfado ¡Qué suerte le espera, gran Dios! Si hay un momento en la vida del hombre en el que se crea la felicidad, este fue para mí, el instante más bendito; los Magistrados se disputaban el tiempo para felicitarme, los peritos veían en mí a la moderna escuela, -juzgar las reales sobre los gráficos de la práctica-, los profanos, juzgando por meras impresiones, no sabían que admirar más, si la valentía de hacer tan largo viaje, para arrancar la corona forense del foro de la Coruña o la inspiración con que logré en medio de mis cortos años, disputarla y retenerla.

«Permítame, padre mío, que falte a la modestia, por disfrazarme con verdad.

«Quiero que tenga mi familia el 18 de Mayo un día que festeje mientras viva, así como la casa «Frigola», mi defendida tendrá en el día inolvidable para su honor y su fortuna. Gané el pleito para ella y la honra para usted.

«Yo hubiera querido divisar, por entre la multitud de cabezas aquellas, la patriarcal de mi anciano padre, solo para haber mezclado mis lágrimas con las suyas. Pero qué puede hacer más un hijo por un padre, que poner a sus pies los laureles que tan joven gané.

«Si padre mío, perdón por mi gloria, perdón por mí medre.

«Tu hijo que te ama y te quiere,

Nicolás.

deras republicanas y reunir a la banda de música; el alcalde Pedro Martínez, convocó una manifestación. El pueblo salió a la calle a los acordes del *Himno de Riego* y de *La Marsellesa*. En una reunión improvisada en el consistorio se eligió alcalde al abogado Francisco López López (hombre ya mayor y presidente del comité local de la Coalición Republicana-Socialista) y se levantó acta proclamando la República tras volear los cuadros del Rey.

Cristóbal Murillo, un trovero iletrado local, sacó una coplilla en una hoja impresa, que circulaban de mano en mano. En ellas decía:

*«Esta estatua de nobleza
se derrite de alegría
de ver el modo de arder
que su contrario [Alfonso XIII] tenía
a las plantas de sus pies.*

Esa misma noche se organizan camiones para proclamar el nuevo régimen en los pueblos de los alrededores: unos fuimos al Marchal, Enix y Felix con la banda de música, donde fuimos agasajados con vino y jamón, otros a Huécija y Alicún. El día 14 por la mañana, los más conspicuos representantes republicanos fueron a Almería; a la altura del fiolato (al lado de la rambla de Amatisteros, en la carretera) bajaron del vehículo con la banda de música y llegaron a pie hasta Correos formando una verdadera manifestación ante la sorpresa de los viandantes. El Gobernador Civil mandó detener a los cabecillas pero en eso llegó la comunicación oficial de la proclamación. En esta manifestación iban los descendientes de Salmerón.

A los pocos días, llega Santiago Capella al pueblo:

*Impacientes nos tenías
con tu ausencia tan lejana
cuando vimos que venías,
todos los hijos de Alhama
rebosaban de alegría»*

decía Murillo en sus quintillas del 21 de abril.

10. UNA RESTITUCIÓN HISTÓRICA

Al hilo de estos recuerdos no está de más recordar el acto de reposición del busto de Salmerón.

Inmediatamente acabada la Guerra, un grupo de exaltados derribó la estatua sin orden expresa pero con la intención quizá de granjearse la simpatía de las nuevas autoridades. No diré los nombres, pero entre ellos figuraba alguno de los que años

más tardes actuaron en su reposición. Esto sucedía inmediatamente después del 31 de marzo.

A los pocos días, una mañana se desplazó desde Almería José Barrionuevo Barrionuevo con una escuadra de requetés y falangistas tratando de evitar esto que sucedió. Llegaron tarde y acudieron a pedir explicaciones al alcalde (entonces Francisco Martínez García, que había sufrido mucho en Turón). Este sólo pudo prometerle que guardaría la estatua impidiendo su desaparición. Ese mismo día ingresaba en la barrilería que tenía José Rodríguez a un lado del Paseo.

Desde entonces, y para congraciarse con el vecindario, los jefes del Régimen defendían su reposición siempre que subían a Alhama para algún acto político. Todos los alcaldes prometieron restituirla pero ninguno se atrevió. Sólo Juan Rodríguez García tomó la decisión de trasladarla al Ayuntamiento, donde pasó muchos años en la esquina del último banco del salón de plenos.

Pasó el tiempo y Angel Barquero tomó la iniciativa. Fue a hablar con el Gobernador Civil (Ramón Castilla) del que recibió un tibio apoyo y la advertencia de tratar el asunto con la máxima discreción y prudencia. Con ser poco era suficiente. Escribió de inmediato a Manuel Hernández, Delegado Sindical de diversas provincias y Gobernador Civil entonces de Zamora.

A Madrid nos trasladamos Ángel Barquero, Miguel Navarro (entonces secretario del Ayuntamiento) y yo. Natural de Almería y casado con una alhameña, Manolo Hernández era persona de gran influencia y carisma. Por su mediación nos acompañó Miguel Vizcaíno Márquez, originario de Ohanes, miembro del Consejo de Estado y General Jurídico del Ejército. Recuerdo que en la Dirección General de Política Interior esperaban audiencia gran número de gobernadores civiles:

- De aquí no salimos en horas.

- No os preocupéis que en menos de media hora nos atiende, dijo.

En efecto, no pasaron ni quince minutos.

La reunión fue distendida. Nuestro interlocutor estaba de acuerdo:

- Pueden Ustedes adelantar a su pueblo que este tema se resolverá pronto favorablemente, nos dijo, pero deben de enviar antes de diez días un informe sobre en qué circunstancias y quién ordenó el derribo de la estatua.

Cumplidos los trámites, a los pocos días llamó el Gobernador autorizando el acto pero nuevamente



Los participantes en la reposición de la estatua de Salmerón (1969).

ordenando que no se avisara a la prensa. Tras el arreglo de la estatua, dos operarios limpiaron el lugar e instalaron el busto y la inscripción. La familia de Salmerón, que ocasionalmente estaba en Alhama, nos invitó a un sencillo ágape en su casa; aún vivía D^a Margarita.

Era el 2 de noviembre de 1969. El sencillo acto quedó inmortalizado en una foto. En ella aparecen los participantes.

De izquierda a derecha y de arriba abajo son los siguientes: Juan Antonio Leiva Leiva (concejal), José Rodríguez Pérez (delegado sindical), José Burgos Marín, José Díaz Company, Ángel Barquero

Marín (jefe local del Movimiento), Francisco Granados Sánchez (secretario provincial de la Hermandad de Alférez Provisionales), Francisco López Cantón (ex -alcalde), Manuel Rodríguez García, Manuel Rodríguez Mazo, José Aguilar Rodríguez, Nicolás Escámez Soria (presidente local de la Unión de Trabajadores), Francisco Navarro Ceba. Segunda fila en cuclillas: Manuel Artés Manzano (ex -delegado local de la Juventud), Edo Rodríguez Gálvez (ex -juez local), Antonio Abad Marín (ex -alcalde), Cristóbal Rodríguez Cirera (ex -secretario local Movimiento), Antonio López Rodríguez y Miguel Alcaraz Sánchez. La mayor parte éramos o habíamos sido consejeros locales del Movimiento.